

OFRENDA

La tinta de la luna llena
cae esta noche sobre
las tierras de Hispania.
Brilla entre pitas y albardines,
frutales y amapolas.

Camino bajo
la luz intensa del cielo
para llegar a la Cueva Santuario.
Hoy se derrama mi voz
en súplica a las ninfas
para que me concedan sus favores.
Llevo conmigo dos pajarillos
chillones de color rojo y azul
que serán mi ofrenda cuando
salga el sol que encenderá la tierra
como sangre pura, serán dibujos
trazados sobre las fachadas de este
suelo afortunado.
Aquí, donde el humo de las ofrendas
arde desde tiempo viejo,
donde ha habido tantos ruegos y se hicieron
inscripciones en la piedra,
espero encontrar la protección
para mis ejércitos y que la serpiente inmortal
que allí habita o los escorpiones
estén dedicados a otros quehaceres.

Hoy es el día en el que un cometa
busca su destino más allá de la vista
y el fuego incandescente del campamento
se advierte aletargado.

Hoy tengo que encontraros, ninfas,
que sea vuestra fuerza quien convoque
la de los dioses para concederme
la certeza de la victoria,
que no me olvide y pueda
regresar triunfal a Roma.

Porque antes de lanzarme sobre Cartago
pasé por aquí y encendí el fuego sagrado
para rogaros la victoria sobre los cartagineses.
Volveré para agradeceros nuestra fortuna
en el combate, para cumplir mi palabra,
Publio Cornelio Escipión solo tiene una y quiero
postrarme para pedir os el éxito en la campaña
de Baetis y Gadir y haré tantas hogueras en vuestro
honor que arderá la piedra.

¡Oh, ninfas!
Escuchadme.

La noche será como el día en vuestro honor.

Volveré, lo prometo.
Mañana mi ejercito será una nube
de metal que espera llegar a Cartago,
mis trompetas sonarán
como si fueran los truenos en la tormenta
para que huyan sus elefantes.

Los caballos están nerviosos,
todo está a punto para la victoria,

pero necesito de vuestro respaldo,
siempre he contado con vosotras
y por eso esta noche estoy aquí,
solo,
pidiendo vuestra protección
para mis hombres
y nuestro honor.

Cuando vuelva a este santuario,
haré que las llamas purificadoras brillen
en kilómetros y llenaré de pétalos
el suelo y mi ejército
hincarán en él la rodilla.

Después, dejadme volver a Roma
con los míos tras acoger estos parajes
en mi corazón, desde esta altura.

Concededme este ruego, ninfas,
os estaré por siempre agradecido.